



UNIVERSIDAD
Finis Terrae

UNIVERSIDAD FINIS TERRAE
FACULTAD DE ARTE
ESCUELA DE ARTES VISUALES

COLECCIONAR RECUERDOS

**Re-significar los conceptos de trauma e intimidación poniendo a disposición de otro sujeto
la propia vulnerabilidad**

JOSEFINA IBÁÑEZ ALDUNATE

Memoria presentada a la Escuela de Artes Visuales de la Universidad Finis Terrae para optar
al grado de Licenciado(a) en Artes Visuales, Mención en Pintura.

Profesor Guía Taller de Grado: Víctor Manuel Pavez Miranda
Profesor Guía Preparación de Tesis: Ximena Moreno Maira

Santiago, Chile

2018

DEDICATORIA Y AGRADECIMIENTOS

A mi familia, por el cariño incondicional.

A mis sobrinos, por recordarme día a día el valor de la infancia.

A Josefina, por haber creído siempre en mis capacidades.

A Víctor, Teresa y Ximena, por guiarme en mi formación y crecimiento como artista y persona.

Y en especial a Rolando, por su apoyo diario y su compañía. Por constituir el pilar fundamental que me ayudó a sobrellevar las dificultades.

ÍNDICE

1- Introducción.....	1
2- Desarrollo	
2.1 La infancia.....	3
2.2 Empatía e imaginario.....	8
2.3 Imágenes y palabras.....	14
3- Conclusión.....	21
4- Bibliografía.....	23
5- Anexos	
5.1 Índice de imágenes.....	26

INTRODUCCIÓN

Año 2006. 1:30 am. Silencio total en un departamento de Santiago de Chile. Cuatro mujeres habitan el lugar. Una madre y sus tres hijas. La menor es la única que permanece despierta. Tumbada en su cama, con la vista fija en la tenue luz del pasillo, la asalta un miedo paralizante. Se siente sola, está segura de haber olvidado algo. Se revuelve entre las sábanas, hasta que finalmente, luego de lo que parece un tiempo interminable, logra conciliar el sueño. Poco después las luces de la casa se encienden. La madre despierta a la niña. “Rápido, hay que internarla. Es tu culpa, lo olvidaste”. La niña se paraliza nuevamente. Ahora lo recuerda. Escondió todos los cuchillos antes de acostarse, pero se olvidó de las tijeras que quedaron sobre la mesa de la sala. Tiene nueve años, y la culpa de que su hermana se haya cortado las muñecas es suya. No fue la primera ni la última vez que ocurrió. La experiencia marcó para siempre la vida de la niña. La niña soy yo.

En la infancia ocurren situaciones que nos marcan de por vida. Situaciones que nuestra pequeña mente lucha por comprender. Nos enfrentamos a problemas de adultos, la mayoría de las veces complejos, observados a través de los ojos del niño.

Un divorcio, una pérdida, un cambio en nuestro esquema de vida, una enfermedad o quizá un accidente. Las posibilidades son infinitas. Dichos acontecimientos gatillan en nosotros un trauma. Son miedos que condicionan nuestra vida, que si bien nacen producto de un suceso externo, también mutan, se transforman y vuelven a nacer desde nuestro interior. El niño intenta ajustar el miedo a su capacidad de comprensión, lo traduce a un lenguaje con el que intenta familiarizarse. Los miedos, a los ojos de un niño, se convierten en monstruos.

En su libro “Indefensión”, el psicólogo y escritor estadounidense Martin Seligman sostiene:

“Cuando un acontecimiento traumático ocurre por vez primera, produce un estado de intensa emocionalidad al que de forma un tanto imprecisa llamamos miedo. Este estado persiste hasta que ocurre una de estas cosas: si el sujeto aprende que puede controlar el trauma, el

miedo disminuye y puede llegar a desaparecer por completo; pero si el sujeto termina aprendiendo que no puede controlar el trauma, el miedo disminuirá y será sustituido por la depresión.”¹

El miedo es el sentimiento base de mi obra. Según la RAE, se define como “*Angustia por un riesgo o daño real o imaginario*”, “*Recelo o aprensión que alguien tiene de que le suceda algo contrario a lo que desea*”.² Me quedo, sobre todo, con la primera definición. “Real o imaginario”. Es una reacción física y mental ante un estímulo. Y si bien hay cientos de factores externos que lo desencadenan, también puede provenir desde nuestro interior. ¿Qué ocurre, pues, cuando la fuente primordial de miedo proviene de lo profundo de nuestro ser? ¿Podemos aceptarlo como una parte irrenunciable de nosotros mismos?

¹ Seligman. M. (2016)

² Real Academia Española (RAE, 2017)

DESARROLLO

2.1 La infancia

Para la elaboración de mi obra, me baso en mis propios miedos, mi propio trauma. Vuelvo a la forma en que los veía de niña, como monstruos, seres que provenían del exterior y a la vez formaban parte de mí. Al mismo tiempo, combino esta visión con la forma en la que, como adulta, percibo y asimilo dicho trauma. Frases, acontecimientos, fantasía y realidad, imaginación y hechos verídicos. Domesticar al monstruo, trabajar con el trauma, se trata de aprender a convivir con uno mismo. ¿Es posible domesticar el miedo, domesticar nuestro propio trauma?

Es una emoción poderosa. Tanto, que puede incluso condicionar la manera en que nos desarrollamos como personas. Pero, ¿en qué momento surge el miedo? Para contextualizar, comenzaré con una frase de Tim Burton, mi principal referente:

“Creo que la vida mezcla el enfrentarse a problemas personales y familiares y, después, el tener que lidiar con la naturaleza surrealista de una familia que no crees que sea real, pero lo es. [...] Muchas cosas que ves como niño permanecen contigo y pasas gran parte de tu vida intentando recapturar la experiencia. [...] Creo que cuando eres nuevo en la vida todo es muy abstracto y los niños, de alguna manera, están procesando eso que intelectualmente no pueden entender.”³

La infancia es una etapa fundamental. Es el momento en que comenzamos a formarnos como individuos, en que aprendemos a interactuar con otros –ya que el ser humano, por naturaleza, es un ser social-, el momento en el que se forman nuestros primeros recuerdos y se experimentan las vivencias que determinan nuestra personalidad. Por ende, se infiere que

³ Burton. T. (s.f)

los sentimientos que predominen en la infancia serán los que condicionarán a los futuros adultos.

Todos hemos observado o experimentado en carne propia lo que sucede cuando un niño pierde de vista a sus padres en el supermercado, el parque o el centro comercial. Miedo, pánico, catástrofe para el infante. Ahora bien, ¿qué ocurre cuando el sentimiento que predomina durante la infancia es el miedo? El miedo a la soledad, a la muerte, a la incertidumbre, a la vida, al futuro, al presente y al pasado. Aún más complejo: el miedo a un familiar o a uno mismo. Es aquí donde surge el trauma.

“Cuando un menor sufre unas condiciones de crianza inadecuadas o claramente negativas, los efectos en su desarrollo como persona pueden ser muy graves, ya que influyen en un gran número de variables psicológicas, la maduración del sistema nervioso y neuroendocrino (van der Kolk, 2003), y generando graves problemas de personalidad y de adaptación. [...] Cuando los abusos son muy graves (maltrato físico/emocional extremo, abuso sexual), por intensos y cotidianos (por ser el/la abusador/a una persona muy cercana como madre, padre, otros familiares), pueden afectar de forma más dramática, comprometiendo todo el desarrollo de su personalidad, ya que conforman un ambiente del que no es posible escapar, y se establece como el mundo de referencia, sin otro tipo de significados”⁴.

Etimológicamente, esta palabra proveniente del griego significa “herida”.

“El trauma es un evento que se produce en la vida de un sujeto, que se caracteriza tanto por su intensidad como por la incapacidad que tiene el sujeto de responder adecuadamente, y que produce efectos patógenos durables en el psiquismo. Es el encuentro con un peligro

⁴ López-Soler. C. (2008)

intempestivo frente al cual el sujeto desarmado, es presa de una excitación intratable.”⁵

Así es como Sigmund Freud, padre del psicoanálisis, define el trauma.

En palabras de Pierre Janet, el trauma

“Es el resultado de la exposición a un acontecimiento estresante inevitable que sobrepasa los mecanismos de afrontamiento de la persona. Cuando las personas se sienten demasiado sobrepasadas por sus emociones, los recuerdos no pueden transformarse en experiencias narrativas neutras. El terror se convierte en una fobia al recuerdo que impide la integración (síntesis) del acontecimiento traumático y fragmenta los recuerdos traumáticos apartándolos de la consciencia ordinaria, dejándolos organizados en percepciones visuales, preocupaciones somáticas y reacciones conductuales”.⁶

En el trauma, la experiencia que se repite una y otra vez en nuestras mentes cuenta con nosotros mismos como principales protagonistas. Pero se trata de un “yo” infantil. De aquél que experimentó el trauma, o la situación que lo marcó. Y ahora, en nuestra mente adulta, ese recuerdo se almacena, y el adulto que somos desea resguardar, proteger al niño frágil que en algún momento fuimos. Por eso almacenamos el trauma en nuestro interior.

Se podría decir entonces que el miedo es el sentimiento basal, aquel experimentado en el momento del acontecimiento que nos marcó. Y el miedo, elaborado, re experimentando y rememorado a medida que el sujeto va creciendo, se va transformando en trauma. Por tanto, el trauma es, de alguna manera, una forma más elaborada de miedo.

⁵ Freud. S. (2013)

⁶ Janet. P. (s.f)

Mi obra proviene de un lugar curioso; una capa intermedia entre el niño y el adulto. Entre la realidad y la fantasía. Oscila entre el blanco y el negro. Conceptual y literalmente. Básicamente trabajo con grises, blancos y negros, haciendo alusión a un lugar principalmente mental, en el que no se puede definir con exactitud qué es lo real y qué lo imaginario. O más bien, que mezcla partes del adulto que somos y del niño que alguna vez fuimos. El blanco y el negro hacen referencia a los extremos. Por un lado, al pasado, por otro, al presente. La fantasía enfrentada a la realidad, la infancia a la adultez, la oscuridad y la luminosidad de un mismo ser.

Para la construcción de mi obra me baso en mi experiencia, en mi propio trauma. Uno que tiene origen en la infancia, y que como relaté en un extracto al inicio, me marcó y determinó lo que soy hoy en día. Fue una experiencia que, como ocurriría con cualquier niño, en el momento se tradujo en forma de miedo, pesadillas, monstruos, insomnio y aislamiento. Así es como un niño lidia con el miedo mientras lo experimenta.

Una niña de nueve años no tiene, aún, la madurez suficiente para comprender el real significado de muerte, de autolesión o de intento de suicidio con toda la complejidad que ello implica. Simplemente, en su mente, no tiene sentido que un familiar desee morir y se haga daño. Al ser despertada una y otra vez en mitad de la noche para presenciar la internación de una hermana, ser testigo de los gritos y el caos que reinan en su propia casa, conciliar el sueño con la constante sensación de que olvidó esconder algún elemento corto punzante –y sobre todo ser la encargada de tal responsabilidad- se comienza a vivir en un estado de alerta permanente. Es un estado de ansiedad extrema, de terror agudo por tener la certeza de que algo malo va a suceder.

Ante este escenario, mi reacción consistió en traducir estos conceptos complejos (muerte, autolesión, suicidio, ansiedad, miedo) a un lenguaje más simple. Algo que a los nueve años pudiese manejar y de cierto modo comprender. Ese “algo”, para mí, fueron los monstruos. No sólo los que aparecían en mis pesadillas, los que se escondían en la oscuridad, los que creía se ocultaban en la pieza de mi hermana -o peor aún, dentro de ella misma- y los que,

según creía, saldrían a mi encuentro si me levantaba al baño o a la cocina en mitad de la noche, sino también mi propia interpretación de dichos monstruos. Interpretaciones que comencé a dibujar.

Se trataba de monstruos amigables estéticamente. En primer lugar, debido al limitado lenguaje pictórico propio de la edad. En segundo lugar, porque necesitaba transformar mis miedos y aquellos conceptos que no acababa de comprender del todo en seres cercanos y de algún modo cálidos, simpáticos y divertidos. Transformaría algo que se me antojaba una amenaza constante, en algo sobre lo que tuviese control, en algo que me hiciese compañía.

Así, en un principio inconscientemente, ahora de manera consciente, surgió la idea de trabajar con la domesticación del miedo.

La RAE ofrece dos definiciones al concepto de domesticación. En primer lugar, “*Reducir, acostumbrar a la vista y compañía del hombre al animal fiero y salvaje*”. En segundo lugar, “*Hacer tratable a alguien que no lo es, moderar la aspereza de carácter*”.⁷ Las palabras “acostumbrar”, “compañía”, “tratable” y “moderar” presentes en dichas definiciones, me ayudan a explicar la manera en la que veo la domesticación del miedo. ¿No es acaso el miedo parte de uno mismo? De algún modo, se trata de aprender a aceptar y convivir con la parte más oscura de nosotros.

Ahora, al trabajar con el trauma de infancia observando los acontecimientos a través del prisma de la adultez, aquellos monstruos amigables estéticamente se han ido transformando y desarrollando junto a mi. No se trata ya de seres caricaturescos. Ni siquiera considero demasiado acertado calificarlos de “monstruos”. Son lo que fueron desde un principio: miedos, traumas. Situaciones que ahora traduzco a imágenes cargadas de significado, como partes de mi propio cuerpo desnudo, frágil, expuesto a elementos externos. Palabras escritas por mi hermana, en quien más que un lazo familiar, observo un sujeto que oculta mis peores temores: el suicidio, el deseo de morir, el elemento sorpresa y el sufrimiento. Medicamentos que son un arma de doble filo. Lo único que me permite sobrevivir el día a día, o bien

⁷ Real Academia Española (RAE, 2017)

aquello que empeora la fragilidad de mi mente, llevándola al extremo de querer desconectarla por siempre. Un collar de perlas de mi madre, en el que cada esfera blanquecina representa, para mí, el odio, el trauma, el abuso psicológico, la indefensión y el remordimiento.

Así, el recuerdo, el trauma, las sensaciones, los pensamientos, los sentimientos y las experiencias, van dando forma a nuevos objetos, o bien cargando de significado a objetos ya existentes. Los conceptos abandonan mi mente para penetrar en el exterior y materializarse en imágenes tangibles, a la vista del público.

2.2 Empatía e imaginario

Aludir a la empatía es un tema clave. No solo a la empatía del espectador con la obra, sino a la del adulto con el niño que alguna vez fue, a la de la persona que somos mirando hacia el pasado, rememorando aquella experiencia que nos marcó de por vida. Nos permite establecer una conexión con la otra persona -o personaje- aún sin experimentar lo que el otro siente de manera absoluta. Se trata de la capacidad de identificarse con alguien o algo. Principalmente, consiste en comprender y percibir la situación emocional de otra persona. Es lo que le permite al artista, al músico, al escritor o al actor ser un agente de cambio social y penetrar tan profundamente en el espectador.

La empatía consiste no solo en ver al otro, sino también en reconocer y validar lo que ese otro experimenta. En validar su interioridad. De alguna forma, es una suerte de espejo. Es mirarse, reconocerse a uno mismo en otra persona.

Si bien este término está normalmente asociado a dos sujetos diferentes, en mi obra también me propuse abordar la empatía desde otro lugar. La empatía con uno mismo.

Una característica del trauma en la infancia es el sentimiento de desprotección. La sensación de que el o los adultos que debían habernos protegido no lo hicieron, o en el peor de los

casos, hicieron todo lo contrario, nos dañaron. Es al crecer y observar nuestro pasado cuando surge la empatía hacia uno mismo. Como adultos, nos ponemos en el lugar del niño que fuimos, sentimos compasión de él, deseamos haberle ahorrado ese sufrimiento. Pero los acontecimientos ya han pasado, es imposible retroceder el tiempo. Lo que podemos hacer, sin embargo, es validar los sentimientos, pensamientos y emociones del niño que fuimos. Reconocer su existencia.

En este contexto, uno de mis grandes referentes, como mencionaba con anterioridad, es el director, productor, escritor, diseñador y dibujante estadounidense Tim Burton, quien declara:

“Considero que hay algo interesante acerca de este tipo de historias, o en el hecho de que yo mismo haya crecido con películas de monstruos y de fantasía. No son reales, pero lo son para mí y me ayudan a procesar cualquier asunto psicológico que intentemos entender en la vida. La abstracción es, de hecho, muy importante desde esa perspectiva. Además, las cosas que quizás parecían atemorizantes las traté de mezclar con humor y algo de emoción; no eran raras sólo por el mero hecho de serlo. [...] cualquier persona con ambiciones artísticas intenta siempre reconectar con la forma en que veía las cosas cuando era niño”.⁸

Reconectar con uno mismo es, también, una forma de empatía.

⁸ Burton. T. (s.f)



Imagen 1: “*Coleccionar recuerdos*” (detalle) (2018), 21x29,5 cm, tinta china sobre papel
Fabiano

En mi obra abordo este concepto, la empatía con uno mismo, como parte de un ejercicio reflexivo y práctico. A las sensaciones, pensamientos, sentimientos e imágenes que rodearon mi trauma de infancia, que llevo almacenando hace años en mi memoria, les doy una forma concreta, lo llevo a lo tangible, lo visual. Esta es una manera de validar el trauma. De reconocer y aceptar su existencia. Es también una manera de conectar con el espectador. Una invitación a la reflexión. Se trata, en primer lugar, de un llamado a observar y experimentar. Mirar con detenimiento mi obra y dejar que los pensamientos, ideas y recuerdos fluyan con libertad a través de la mente. En segundo lugar, se trata de que mi obra funcione a modo de espejo, para suscitar la empatía entre el espectador y mi propia persona.

De este modo, invito al espectador a cuestionarse qué forma concreta, visible y tangible le daría a sus propios pensamientos, sensaciones, sentimientos y recuerdos. De qué modo traduciría su propia interioridad si tuviese que visibilizarla.

Ahora bien, la empatía también implica cierto grado de sufrimiento. Y esto conecta a las personas en un nivel aún más íntimo.

No se puede ser testigo del dolor, miedo, tristeza o sufrimiento de otra persona y conectar con ella manteniéndose indiferente. Empatizar involucra sentir, verse afectado por lo que vemos y percibimos del otro. Por lo tanto, también es un ejercicio que implica sacrificio.

La primera pregunta que podríamos plantearnos es: ¿Estamos dispuestos a dejar que esto nos afecte? Sin embargo, se trata de algo que nace desde nuestras entrañas. Podemos controlar la manera en la que actuamos, pero no lo que sentimos. En consecuencia, debiésemos reformular la pregunta: ¿Qué hago con esta situación que me afecta?

Trasladándolo a mi obra, esta es una pregunta que dejo en manos del espectador. Habrá quien desee observar mi obra y mirarla como un ejercicio estético; habrá quien la observe y empatice conmigo; y habrá quien la observe, empatice conmigo y luego se conecte consigo mismo, al plantearse el mismo ejercicio que yo realizo y reflexione acerca de sus propios traumas de infancia, de su propia vida. Cada quien conoce sus límites y sabe hasta qué punto desea llegar.

La imaginación cumple un rol fundamental en el ejercicio empático. No se trata únicamente de observar y comprender al otro, sino también de reconocer la existencia de aquello que no vemos, que no sentimos, que no comprendemos, y sin embargo, que percibimos se encuentra allí.

Si observamos a una persona que mira con expresión de tristeza, angustia, miedo o preocupación un objeto, una cuerda, por ejemplo, comprenderemos rápidamente que la persona asocia dicho objeto a una experiencia dolorosa. Empatizamos con el sujeto porque

vemos en su rostro que sufre, pero también, por aquello que no vemos. ¿Por qué observar una cuerda podría provocarle sufrimiento a alguien? ¿Estará asociada a un accidente? ¿A una muerte? ¿A una ideación suicida? ¿A un recuerdo del pasado? ¿A un temor del futuro? Lo cierto es que lo ignoramos. Y aquí es donde podemos observar la empatía en su estado más puro. Validar e identificarse con el sentimiento del otro sin comprender del todo, sin conocer la historia, sin ver. Sabemos lo que se siente sufrir, y con eso es suficiente. Esa es, pues, la clave. La aceptación sin la necesidad de comprensión.

La domesticación del miedo resulta una pugna constante entre el rechazo –concepto que se encuentra íntimamente ligado al miedo- y la aceptación de nosotros mismos, que se relaciona directamente con el acto de domesticar. En este punto entra también el concepto de soledad, en donde nos encontramos con una suerte de dualidad. La soledad es, por un lado, aquello que es capaz de aislarnos física, psicológica y afectivamente. Por otro, aquello que es necesario para enriquecer nuestro conocimiento acerca de nosotros mismos. La soledad tiene el poder de conducirnos a la sanación con la misma facilidad que puede encaminarnos a la devastación. Esos son los dos extremos del espectro. Justo ahí, en el medio, oscilando de un extremo a otro, nos encontramos cada uno de nosotros.

Cuando los niños son pequeños, pasan gran parte de su tiempo jugando y entablando conversaciones con ellos mismos, creyéndose sin embargo en compañía de alguien más. Los monstruos que creamos de niños para visualizar y simplificar nuestros miedos están en la misma línea que los amigos imaginarios que creamos para compartir el día a día.

En el mundo infantil, realidad y fantasía, interior y exterior, se entrelazan y parecen ocupar todos un mismo plano. Sólo a medida que el ser humano va creciendo, comienza a discriminar entre lo que ocurre dentro de su propia mente y el mundo real. Entre las cosas que ve en los dibujos animados o en los libros y la realidad. Lo tangible y lo intangible. Al crecer, aprendemos también a guardar silencio y reservar para nosotros mismos lo que ocurre en nuestras mentes. Cuando escribimos, pintamos, dibujamos; en definitiva, cuando creamos, estamos visibilizando parte de ese imaginario.

Como adultos, aún cuando no se materializa en algo tangible, la imaginación puede salvarnos la vida. Así lo atestiguan numerosas víctimas del holocausto, que presas de los campos de concentración, al borde de la muerte por inanición, enfermedades, cámaras de gas, ejecuciones o suicidio, afirman que lo único que les permitió seguir con vida fue su imaginación.

Por las noches, hacinados entre ellos y tratando de conciliar el sueño, imaginaban los banquetes espléndidos que se darían al recuperar la libertad. Decían que podían saborear y hasta oler sus platillos favoritos al evocarlos en la mente.

Asimismo, cuando tenían prácticamente la certeza de ser los únicos de sus familias que permanecían con vida, cuando sabían la suerte que probablemente hubiesen corrido sus conocidos y familiares, siempre fantaseaban con el día del reencuentro. Con que sus seres queridos se encontraban no tan solo vivos, sino también en mejor estado que ellos mismos, gozando de salud, abundancia y amor. Fue esa fantasía la que salvó a muchas víctimas de perecer. Fue esa la llave para domesticar sus miedos. El terror a la muerte, a la pérdida de un ser querido, a la soledad, al hambre, al dolor y al sufrimiento. Domesticaron sus miedos porque actuaron como niños, destruyendo los límites entre realidad y fantasía.



Imagen 2: “*Coleccionar recuerdos*” (detalle) (2018), dimensiones variables, técnica mixta

2.3 Imágenes y palabras

Una de las características del trastorno de estrés postraumático es la evocación inintencionada de imágenes del pasado, asociadas al momento del trauma. Este fenómeno, además de ser agotador emocionalmente, es gatillado tanto por las imágenes violentas que el sujeto ha presenciado como por las frases que ha escuchado.

Volviendo a la experiencia de infancia en la que baso mi trabajo, las frases que escuché durante ese periodo de mi vida, tanto las que iban dirigidas hacia mi como las que escuché porque simplemente me tocó la mala fortuna de ser testigo de ellas, me afectaron igual o incluso más que los hechos que presencié. Las imágenes violentas tienen mucho poder. Las palabras también. En su conjunto, ambos factores dan pie al surgimiento del trauma.

Aquí es donde volvemos al carácter dual de ciertas cosas. Las palabras me traumatizaron, pero también me liberaron. Fueron las palabras de mi madre y de mi hermana las que calaron hondo en mí. “Fue tu culpa”, “me quiero matar”, “tu hermana está en un psiquiátrico”, “esconde los cuchillos antes de acostarte”, y tantas otras frases similares que marcaron mi infancia.

Pero, a la vez, junto con los dibujos de monstruos, fue el comenzar a escribir historias, cartas y poemas lo que me permitió lidiar con lo que estaba ocurriendo. Lo que me permitió procesarlo y de algún modo controlarlo, domesticarlo, aprender a vivir –o mejor dicho a sobrevivir- con ello. Sin embargo, a pesar de esto, *“las palabras nunca alcanzan cuando lo que hay que decir desborda el alma”*, afirma el escritor argentino Julio Cortázar.⁹

Aún diciéndolo todo con las palabras precisas, es imposible transmitir ciertas experiencias, ciertos sentimientos, pensamientos y sensaciones. Por eso, muchas veces, vamos acumulando frase sobre frase sin que las diferentes combinaciones de las letras del abecedario alcancen a penetrar la superficie de la intensidad de nuestra experiencia. Sea como sea, el texto, la palabra, no podía quedar fuera de mi obra.

Utilizo las frases que escuché en mi infancia, aquellas que formaron parte de mi trauma. Deseo dar cuenta de su presencia. Están ahí, y al ser mencionadas allí quedan, grabadas a fuego en mi interior. Si puedo esperar entablar algún tipo de conexión con el espectador, es que este establezca un diálogo no sólo con mi obra, sino con su propio niño interior, su propio trauma, sus propias frases que lo marcaron, sus propios monstruos.

A pesar de lo frustrante que puede resultar intentar transmitir los sentimientos y sensaciones que nos asaltan producto de una determinada vivencia, por ser sumamente sobrecogedores para el sujeto que los experimenta, lo cierto es que es necesario, al menos, intentar hacerlo por todos los medios posibles. Las palabras, los gestos, la escritura o el arte. Y si aún así

⁹ Cortázar. J. (s.f)

sigue resultando extremadamente difícil de comunicar, resulta útil, de todas formas, dar cuenta de su presencia de algún modo. A veces, no es necesario entender ciertas cosas, sino simplemente saber que están ahí.



Imagen 3: “Coleccionar recuerdos” (detalle) (2018), dimensiones variables, técnica mixta

Utilizo mi experiencia, mis imágenes, mis fantasías, mis pensamientos, mis frases, mis miedos, mi imaginario y mi realidad para crear mi obra, pero una vez presentada frente al espectador, la experiencia pasa a ser suya. Como dijo el escritor y filósofo francés Michel de Montaigne: “*La palabra es mitad de quien la pronuncia, mitad de quien la escucha.*”¹⁰ Lo mismo puede aplicarse a las obras de arte.

Mi obra es una invitación a entablar un diálogo con ese lado oscuro y quizás bloqueado de nosotros mismos. A rememorar y aceptar nuestros miedos y traumas como parte de nosotros. De lo que fuimos, de lo que somos y de lo que seremos.

¹⁰ Montaigne. M. (2011)

Las palabras, los hechos, la imaginación, lo que sentimos, lo que pensamos, la forma en la que vemos las cosas, lo que pasa adentro y fuera de nuestra cabeza nos marca. Todo eso se encuentra, de manera sintetizada, dentro de mi obra. El miedo experimentado por la niña que alguna vez fui, observado ahora a través del prisma de la adultez. Eso que sucede dentro de nuestras cabezas, pero que sin embargo se gatilla por un hecho real y concreto que ocurrió en nuestras vidas. El intento de domesticar el miedo, que oscila entre la aceptación y el rechazo.

La mente humana, y en específico nuestra memoria, funciona almacenando recuerdos, sentimientos, imágenes y experiencias en distintos compartimentos. Se puede visualizar como un gran espacio lleno de cajones, los que a su vez están repletos de material. Este material es, de alguna manera, un híbrido, y a medida que pasan los años, los objetos se van complejizando aún más. Se mezclan, se transforman y deforman. Algunos son más claros, más comprensibles. Otros no demasiado. En el caso de mi obra, se trata de objetos que surgen a partir de mis traumas, mi infancia, mis miedos, mi realidad, mis pesadillas y fantasías. Son elementos que nacen a partir de tres líneas principales: en primer lugar, objetos ya creados; en segundo lugar, objetos creados por mí; y en tercer lugar, fotografías.



Imagen 4: “Coleccionar recuerdos” (detalle) (2018), dimensiones variables, técnica mixta

Este ejercicio de crear, seleccionar, fusionar y disponer objetos en pequeñas cajas que dan cuenta de mi pasado, presente, traumas e interioridad, hace alusión no sólo a la manera en la que funciona la mente, sino también a la infancia.

Los niños coleccionan pequeños objetos y los guardan en cajones de su habitación, cajas de zapatos, de galletas o de costura. Pequeñas piedras y conchas de la playa, etiquetas, pedazos de juguetes que se estropearon pero les produjeron demasiado apego como para deshacerse de ellos, fotografías familiares, recortes de revistas, cartas, botones y un sinnúmero de pequeños tesoros.

Uno de mis recuerdos de infancia es haber guardado mis objetos más preciados en una caja que mantenía oculta bajo mi cama, y en la actualidad hago el mismo ejercicio, atesorando objetos en el último cajón de mi velador.

Mi obra consiste, pues, en una colección de recuerdos en torno a mi trauma, los que traduzco a objetos concretos para que el espectador sea capaz de observarlos.

La idea de que el tamaño de los objetos sea pequeño surge no solo de esta suerte de coleccionismo infantil, sino también del concepto de fragilidad e intimidad entre el espectador y la obra, además de aludir al concepto de domesticación. Los objetos pequeños son manipulables. Dóciles, si se quiere. Son objetos del tamaño de un dedo meñique. Puedo controlarlos con facilidad. Un par de tijeras o un trozo de cuerda con menos de tres centímetros de largo no pueden hacer ningún daño. Al reducir el tamaño, reduzco la amenaza. Si se reduce la amenaza, el miedo se vuelve manejable, y la domesticación es entonces posible.

Los seres humanos somos frágiles. Las experiencias, las palabras, los actos y las personas nos afectan anímicamente, emocionalmente, e incluso físicamente. Si un objeto es frágil y tenemos una conexión, un apego emocional hacia él, lo cuidamos. Lo atesoramos y nos esforzamos por protegerlo del exterior, del daño, de las quebraduras, el sol y los elementos.

Muchos de los objetos de mi obra se encuentran cobijados al interior de recipientes de vidrio. Se trata de una forma de resguardar la intimidad. El recuerdo, el pasado, la fantasía, el miedo, la pesadilla y el trauma. Una vez fuera de mi mente, como se lo expongo al espectador, debo proteger, encapsular la imagen. Es un llamado a observar, más no a intervenir. El vidrio de los frascos deja ver el objeto que se encuentra en su interior al tiempo que lo protege del exterior.

En mi obra coexisten tres lenguajes que, de diferentes maneras, hablan de un mismo tema. El dibujo, el objeto y el texto. Cada uno de estos lenguajes ha formado parte no solo de mi historia personal, sino también de mi proceso formativo como estudiante de Artes Visuales. En conjunto, hablan de la búsqueda de diferentes formas de transmitir visualmente mi imaginario. De cierto modo, en eso consiste mi obra. En una búsqueda de uno mismo y del otro.

El uso del blanco, negro y rojo guarda relación, en primer lugar, con resaltar la importancia del contenido. Al trabajar con grises, se acentúa la relevancia de las imágenes, tanto de los objetos como de las fotografías y dibujos. El rojo, por otra parte, me permite hacer hincapié en la visualización de ciertos objetos. Me ayuda a activarlos y a señalar que cumplen un rol fundamental dentro del conjunto. En segundo lugar, las imágenes en blanco y negro remiten al pasado, escenario clave de mi obra, por lo que contribuyen a la contextualización temporal de mi trabajo.

Como el conocido dicho “lo hecho, hecho está” sugiere, el trauma, la experiencia, los pensamientos, los sentimientos, la niñez, el miedo y el pasado ya están ahí. Sólo queda observar, y más que intentar comprender, dejar que las imágenes produzcan en nosotros lo que tengan que producir. Me parece que en eso radica la domesticación del trauma. En observar, experimentar y aceptar la experiencia. Aunque eso signifique mirarlo a la cara día tras día, escuchar lo que tenga para decirnos y resguardarlo en nuestra mente aunque no acabemos de comprenderlo, aunque en ocasiones nos haga daño. Se trata de una parte de nosotros mismos, por lo que no tiene sentido intentar escapar de él.

De aquí se desprende el concepto de intimidad como la siguiente palabra clave. El nacimiento de una conexión en la que participan cuatro sujetos: yo, como autora de la obra, mi yo infantil sujeto a la experiencia del trauma, el espectador, y el espectador en su condición de niño, con sus propias experiencias y sus propios traumas.

Con mi obra, invito a quien la observe a participar de un ejercicio reflexivo. ¿Qué objetos atesoraría, protegería, crearía y dispondría el espectador en sus propias cajas?

Esa es la pregunta que sólo él, luego de observar mi obra y entablar un diálogo con su yo interno, con su propia experiencia, será capaz de responder.



Imagen 5: “*Coleccionar recuerdos*” (detalle) (2018), dimensiones variables, técnica mixta

CONCLUSIÓN

El miedo que se transforma en trauma, el niño en adulto, el descontrol en domesticación, el recuerdo en objeto y lo invisible en visible.

En definitiva, mi obra, tanto conceptual como materialmente, habla de transformación. ¿No es eso lo que hace el artista? ¿Materializar una idea, hacer visible un pensamiento?

Si bien las experiencias personales que nos marcan son íntimas y únicas, pueden dar pie a la conexión entre diferentes sujetos. Asimismo, de una misma experiencia transformada en obra pueden desprenderse innumerables bifurcaciones que nos permiten aproximarnos y dialogar con el trabajo desde distintos lugares. Así, por ejemplo, el trauma, la infancia, la empatía, el imaginario, la realidad, las imágenes y palabras se entrelazan constantemente en un baile que, lejos de desarrollarse de forma lineal, avanza y retrocede, aparece y desaparece, cuestiona y responde, duda y afirma. Todo a la vez.

Mi obra plantea un proceso de autodescubrimiento y empatía. Un camino que yo y el espectador transitamos al mismo tiempo. Un camino que, lejos de acabar, pretende dar pie al surgimiento de nuevos lugares que recorrer. Y es que así funciona la mente humana, la memoria, el trauma. Tiene caminos intrincados. Rincones. Secretos. Cosas que decir y compartir, y otras que ocultar y callar.

Mi obra se compone de opuestos. Quiere conectar con el espectador y al mismo tiempo desea que el espectador se conecte consigo mismo, en un acto reflexivo íntimo y personal. Y es que lo privado no puede considerarse como tal sin lo público, y viceversa. Cada uno de los objetos que dispongo en mi obra da pie a múltiples lecturas, reflexiones e interpretaciones, tan diversas como el número de espectadores que observen el trabajo.

Mi experiencia y la obra que nace de ella conforman la mitad de la ecuación. La otra mitad la completa el espectador. Los objetos de mi obra hablan, cuentan una historia. Mi historia. Algunos callan, otros gritan, la mayoría susurra. Todos tienen algo para decir. Y sin embargo, también invitan a la imaginación, dejan espacio para los cuestionamientos y sus posibles respuestas. Una obra, una historia o un trauma, no se constituye únicamente de lo que sucedió, de quienes participaron o de las cosas que se dijeron. La ausencia cumple un rol fundamental. ¿Qué fue lo que no sucedió? ¿Quién no estuvo? ¿Qué no se dijo? Esa parte la dejo a su imaginación. Sean libres de especular. Al fin y al cabo, toda obra, toda persona y toda historia tiene sus secretos.

BIBLIOGRAFÍA

- BIBLIONI, Gabriela. (22 de junio de 2011). Lengua y Literatura E.M.E.I Recuperado de <http://lylemei.blogspot.com/2011/06/la-palabra-es-mitad-de-quien-la.html>
- BURTON, Tim (s.a). 110 frases de Tim Burton: el director gótico por excelencia. Frases de la vida.com Recuperado de <https://frasesdelavida.com/frases-de-tim-burton/>
- LÓPEZ-SOLER, Concepción. (31 de julio de 2008). *Las reacciones postraumáticas en la infancia y adolescencia maltratada: El trauma complejo*. UNED: revista de psicopatología y psicología clínica Recuperado de <http://revistas.uned.es/index.php/RPPC/article/view/4057/3911>
- MEDINA, Mirta Liliana. (2013). *Abuso sexual en la infancia*. Recuperado de <https://www.aacademica.org/000-054/530.pdf>
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. (2017). Enclave RAE Recuperado de <http://dle.rae.es/srv/fetch?id=PDGS53g>
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. (2017). Enclave RAE Recuperado de <http://dle.rae.es/?id=E6OIFvN>
- ROMERO, Sarah. (s.f). *15 frases célebres de Julio Cortázar*. Recuperado de <https://www.muyinteresante.es/cultura/arte-cultura/articulo/15-frases-celebres-de-julio-cortazar-591423654428>
- SALVADOR, Mario.C. (s.f). *El trauma psicológico: un proceso neurofisiológico con consecuencias psicológicas*. Recuperado de <http://www.idaeemdr.com/descargas/El%20trauma%20psicologico,%20un%20proceso%20neurobiologico%20con%20consecuencias.pdf>

- SELIGMAN . Martin (31 de mayo de 2016). *Frases de trauma*. Frases y pensamientos.com.ar Recuperado de <http://www.frasesypensamientos.com.ar/frases-de-trauma.html>

ANEXOS

5.1 Índice de imágenes

Todas las imágenes corresponden a fotografías de detalles de mi obra “Coleccionar recuerdos”, presentada para el examen de egreso, y son de mi autoría.

Ficha técnica:

Título: “Coleccionar recuerdos”

Técnica: Técnica Mixta

Medidas: Variables

Artista: Josefina Ibáñez

Año: 2018